



inédito

La amante impostora

Sophia James



Recomendado por el editor

Harlequin Internacional™

La amante impostora
Sophia
James



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Sophia James. Todos los derechos reservados.
LA AMANTE IMPOSTORA, N° 451 - marzo 2010
Título original: Masquerading Mistress
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2010.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8327-6
Editor responsable: Luis Pagni

Érase una vez una cortesana de larga melena pelirroja... o un golfillo de los barrios bajos de Londres... o una triste viuda con anteojos... porque todas esas cosas y ninguna era Caroline St Claire, la poco convencional protagonista de esta novela de argumento trepidante y lleno de sorpresas que nos brinda Sophia James y que tenemos el placer de presentaros. Si queréis disfrutar de todo el encanto de una época llena de esplendor y unos personajes de ricos matices y con una humanidad desbordante, sumergíos en esta lectura que estamos seguros no os defraudará.

Los editores

Prólogo

1794

Inglaterra

Su mano rozó el rostro de ella y sonrió al ver que se apartaba, con el sol arrancando reflejos a su cabello rubio rojizo. Sujetar a Eloise St Clair era como agarrar humo. Ella no paraba nunca. Nunca esperaba a que la alcanzara o la frenara.

Y ahora, después de su revolcón en el bosque, tampoco se rezagaba. Maxwell esperaba que sintiera la misma alegría que él por el encuentro y la idea le preocupaba. Dejó a un lado su ansiedad y se metió la mano en el bolsillo. Sintió el calor de la joya apoyada en la tela interior de seda.

Una señal.

De que ella podía decir que sí.

—Eloise...

—¿Qué ocurre, Maxim? —el diminutivo que había empleado parecía menguar en cierto sentido su virilidad anterior.

—Te he traído algo.

Ella avanzó hacia él con los ojos clavados en su mano.

—¿Un regalo? —ahora le prestaba toda su atención.

—Para que me lleves cerca —le tendió el medallón y la vio abrirlo.

—¿Tú has hecho este dibujo de nosotros?

Él asintió.

—Puede ser como un anillo, Elli. Un anillo de esponsales, hasta que alcancemos la mayoría de edad y podamos casarnos.

—Tus padres no me aprueban. Mi padre me dijo que lo había oído en la iglesia y estoy segura de que él no me mentiría.

Una sombra pasó delante del sol; volvió gris el día azul y apagó su calor.

—Cuando seamos mayores, nadie podrá decirnos lo que tenemos que hacer.

Ella movió la cabeza; los rizos rojizos dorados que escapaban de su cinta de terciopelo le llegaban casi a la cintura.

—No, tu madre te llevará a Londres y me olvidarás. Yo sólo soy la hija del reverendo.

Por primera vez desde que la conociera dos años atrás, Maxwell captó vulnerabilidad en sus palabras, y lo poco corriente de ese hecho lo impulsó a insistir más de lo que habría hecho de otro modo.

—Vamos a unirnos en juramento ahora mismo. Aquí. En el bosque —sacó una navaja pequeña del bolsillo—. Con sangre. La tuya y la mía.

El fuego de los ojos de ella lo estimuló a seguir adelante. Apoyó la hoja en la piel de su muñeca y la pasó por el azul de la vena. La sangre bajó por el interior de su mano y cayó en gotas desde los dedos.

Sintió alivio cuando ella le ofreció la mano, y más todavía al ver que no se desmayaba cuando le había cortado el acero. Mezclaron su sangre y apretaron los brazos en forma de cruz. Una unión simbólica. Eterna.

—Si mis padres no nos permiten casarnos, siempre podemos fugarnos.

—¿Crees que no nos seguirían, Maxwell? ¿Que no nos separarían con la influencia que tienen?

Ella había utilizado su nombre completo y la mirada de sus ojos oscuros era triste.

Él se apartó nervioso, sorprendido de la cantidad de sangre que le había empapado la camisa de lino.

—Te acompañaré a casa.

—No. Es más rápido si voy sola.

Rozó la mejilla de él con el pulgar y se alejó; y el dolor de la muñeca de él se intensificó de inmediato al verla correr.

Uno

Abril 1816

Castillo de Penleven, Cornualles

—¿Que ha dicho qué? —el grito del duque de Penborne resonó en la antecámara y Leonard Lindsay retrocedió.

—Caroline Anstretton ha dicho que una vez tuvo... intimidación contigo. Aclaró que ya no era ése el caso, pero con un tono de voz tal que la mayoría de la gente asumió que alberga todavía, al menos, algún afecto.

Oír aquello por segunda vez hizo poco por aplacar la furia de Thornton, pero se esforzó por reprimirla.

Después de todo, su primo no tenía la culpa, y hacía tiempo que había pasado la fase de que algo le importara tanto como para matar al mensajero cuando la noticia era mala.

—¿Quieres decir que esa mujer ha declarado que yo fui su amante?

—Así es.

—¿Es boba?

—Definitivamente, no da esa impresión.

—¿Fea, entonces? —odiaba hacer aquella pregunta, dado el estado de su propia cara, pero tenía que saber a qué se enfrentaba.

—Es una de las mujeres más hermosas que han pasado nunca por Londres. He oído decir eso una y otra vez desde que llegó aquí y adivino que, incluso teniendo en cuenta la relevancia de su confesión, tendría un centenar de solicitantes de sus favores si ella les diera alguna oportunidad.

—¿Oportunidad?

—Oportunidad de acercarse a ella. No se sabe si alguien disfruta ya de sus favores, puesto que ella es, de algún modo... experimentada en la búsqueda de hombres —bajó la voz al estilo de alguien que no quiere ser considerado amante de los cotilleos pero que, de hecho, disfruta con el escándalo social—. Se dice que estuvo casada brevemente con un general francés.

—Una mujer muy atareada, pues —comentó Thornton.

Su primo no apreció la ironía y Thornton se llevó una mano a la cicatriz de la mejilla. El fuego de los cañones tenía la virtud de hacer que uno no olvidara nunca su poder e, incluso dos años después de que la iglesia le volara en la cara, olía todavía el hedor a carne quemada y sentía aún la

agonía de la piel derretida y las semanas negras subsiguientes de delirio.

Cinco meses de luchar por salir del infierno. Y después siete meses más de ver ese infierno reflejado en el espejo siempre que se miraba convaleciente en L'Hôpital des Anges, al suroeste de Francia.

Hizo una mueca. Nunca había sido vanidoso, pero no estaba preparado para volver a la sociedad y todo lo que ello entrañaba.

Todavía no.

¿Pero cuándo?

Cerró los ojos un instante y se giró hacia la ventana. Le gustaba el sonido del mar salvaje resonando bajo las murallas del castillo de Penleven.

Su hogar.

Seguridad.

Un lugar donde podía esconderse a lamerse las heridas y recuperarse. De donde no había salido en casi doce meses y donde era fácil ignorar los rumores que envolvían su nombre.

Recluido. Herido. Solitario.

¿Y ahora se vería arrojado a la sociedad de nuevo porque una mujer de cerebro de mosquito había decidido mentir sobre sus favores sexuales y otros habían optado por creerla?

Caroline Anstretton. No le costaba mucho imaginar su rostro. Tendría piel pálida de alabastro y ojos llenos de melancolía.

¡Señor!

Había ido a casa a buscar paz, tranquilidad y soledad.

Y a esconderse.

Porque era eso lo que hacía y por fin lo admitía cuando los primeros y frágiles rayos del sol de primavera rozaban la piel de su mano izquierda. Primavera. Un comienzo nuevo y él sólo podía sentir el frío del invierno y la desnudez de las cicatrices contra el tenue calor del sol.

Leonard se movió nervioso detrás de él, sin duda en busca del brandy. La piel de su primo parecía más cetrina cada vez que lo veía y se preguntó si estaría enfermo. Tal vez Penleven sacaba lo peor de él al recordarle la posibilidad perdida de heredar. Después de todo, había sido el guardián del castillo durante los cinco años que los deberes militares habían mantenido a Thornton en Europa. Éste se preguntó cómo se habría sentido de haber sido la situación a la inversa y decidió que la melancolía de Leonard resultaba muy comprensible, pues no podía ser fácil vivir con un estipendio familiar limitado y verse obligado a estar en deuda con los miembros más ricos de la familia.

Se levantó con cuidado, pasando al bastón parte del peso de la pierna izquierda.

—Estoy seguro de que esa acusación ridícula se olvidará antes de que acabe la semana y aquéllos que han decidido creer semejantes tonterías estarán ya pendientes del próximo escándalo —

percibió irritación en su voz e intentó reprimirla en honor de su primo.

—Si no fuera por Excelsior Beaufort-Hughes, seguramente sería así.

—¿Beaufort-Hughes?

—Parece que estuvo a punto de ganar la mano de la chica en una partida de *whist* y se ha quejado públicamente de que un duque del reino pueda relacionarse abiertamente con una joven tan... dudosa.

—¿Una joven?

—Yo diría que no tiene más de veinte años.

—¿Y su familia? ¿Dónde está?

—Tiene un hermano. Y su reputación es tan mala como la de ella. Juega a las cartas.

Un jugador y una embustera.

Por un momento, Thornton sintió... curiosidad, algo que no le ocurría en años, y saboreó la sensación. Cualquier cosa era mejor que el hastío que lo embargaba últimamente.

¿Pero por qué mentiría la chica?

La respuesta era fácil. Porque no esperaba que él fuera a refutar su mentira.

—Puedes volver conmigo, Thornton, y aclararlo todo. No es bueno para el apellido Lindsay dejar las cosas así.

Thornton reprimió una sonrisa de regocijo. ¿El apellido Lindsay? Si Leonard supiera la mitad de las cosas que había hecho en el continente al amparo del país y la corona...

Flexionó los dedos de la mano derecha y apretó luego el puño mientras pensaba en las ridículas nociones de modales y protocolo de su primo. Vagas sutilezas sociales que limitaban vidas perdidas en tierras lejanas.

La vida de Lillyanna.

La suya. Hasta cierto punto.

De pronto se sintió irracionalmente cansado de las tonterías de la joven Anstretton y de la interpretación de su primo de lo que podía ser una mancha para el apellido Lindsay. Y el hecho de verse arrastrado a Londres por una razón tan tonta lo empeoraba todo aún más.

Y sin embargo, se pasó los dedos por la parte dolorida del muslo y se confesó que había algo en todo aquello que encontraba... estimulante. ¿Una mujer hermosa que mentía delante de un montón de gente y no esperaba que la desmintieran? ¿Una mujer con una inclinación a hacer teatro y una familia más extraña que la suya propia? Interesante. ¿Qué posibles circunstancias podían haberla llevado a ese paso?

Sonrió.

Después de todo, no era fácil anular al espía que llevaba dentro, y el enigma de Caroline Anstretton lo atraía.

No tenía más de veinte años y estaba deshonrada.

Hermosa y embustera.

Y desesperada.

Fue un pensamiento fugaz, pues enseguida pasó a imaginar el esfuerzo personal que le requeriría una estancia en Londres. El recuerdo de la última vez que se aventuró a ir a la ciudad seguía muy vivo en su memoria. Las miradas y la compasión, las condolencias hábilmente disfrazadas de aquéllos que lo habían conocido antes de su accidente y la hipocresía de las verdades susurradas a su paso. Él solía ser... Él antes era... Recuerdo cuando...

En contra de lo que le dictaba el sentido común, se dijo a sí mismo que se daría de plazo una semana.

Una semana en la ciudad y volvería a casa.

No debería haberlo dicho.

No debería haber arrastrado el nombre de un hombre conocido por su aislamiento a la triste ecuación de la supervivencia.

Pero no había tenido otro remedio.

El conde de Marling, Excelsior Beaufort-Hughes, era tan viejo como repugnante, y ella se había cubierto la nariz con su pañuelito de encaje y lo había dicho. Delante de todos los presentes en la fiesta de lady Belinda Forsythe.

Thornton Lindsay, el duque de Penborne, fue mi amante en otro tiempo y, después de él, es imposible que pueda dignarme a dormir con vos.

Caroline recordaba todavía el silencio que siguió a sus palabras, el respingo escandalizado de su público y el odio de su pretendiente mayor cuando le presentó el recibo de juego de su hermano y volvió a exigir reparación.

Reparación en forma del cuerpo de Caroline.

Fue lo tardío de la hora lo que los salvó, pues los invitados, saturados ya de bebida, salieron para su siguiente compromiso social, dejando que Thomas y ella solucionaran aquel lastimoso asunto.

¿Solucionar? Eso había ocurrido más de una semana atrás y ahora esperaban que el duque de Penborne llegara al baile de los Wilfred en cualquier momento. El corazón le latió con fuerza. El solitario más famoso de su época no podía alegrarse mucho de su mentira. Lady Dorothy Hayes, una mujer mayor de cierta fama, estaba a su lado y pronunció las palabras que sin duda pensaban todos los presentes en la habitación.

—Lindsay apenas ha salido de Cornualles desde que regresara herido del continente. Fue capitán del ejército a las órdenes de Wellington, ¿entendéis? —hizo una pausa efectista antes de continuar—. Un oficial de inteligencia, si hemos de hacer caso a los rumores, y hay muchos que dicen que perdió su corazón en el proceso. El «duque sin corazón», un hombre sin inclinación ni deseo de estar en compañía de otros.

Unas gotas de sudor bajaron por el canalillo del escote de Caroline y el rumor de las conversaciones empezó a subir de volumen a su alrededor. Desde su llegada a Londres, no había sido objeto de muchas atenciones por parte de la sociedad, formada principalmente por mujeres asentadas, que llevaban sobre los hombros el peso de los modales y el decoro, y maridos que ejercían influencia en la corte. Pero tampoco había estado nunca tan aislada como en aquel momento. Una ramera confesa a la que se toleraba sólo por la intriga del escándalo, ahora estaba en las sombras de un mundo inferior, el rincón oscuro de la sociedad en el que merodeaban chulos y jugadores en torno al resplandor brillante de la respetabilidad, recogiendo las migajas que podían y usándolas en provecho propio.

Una mujer caída.

Apartada de la respetabilidad por las circunstancias.

Alejó de sí aquellos pensamientos y creyó que iba a vomitar cuando la fila de personas se apartó y una figura alta avanzó cojeando hacia ella con el cuello de la levita alzado en torno al rostro. Lindsay iba a tardar pocos segundos en declararla mentirosa a juzgar por el silencio que se había hecho a su alrededor y que resultaba más revelador que cualquier murmuración.

Apenas podía verle la cara entre los pliegues de

la ropa y apoyaba pesadamente el brazo en un bastón de ébano. Cuando llegó a su lado, echó hacia atrás el cuello de la levita, hizo caso omiso del respingo colectivo de sorpresa y se inclinó levemente ante ella. Una serie de cicatrices cruzaban su mejilla izquierda y llevaba un parche de cuero en el ojo. Los botones de su levita capturaban la luz de las arañas de cristal del techo y lanzaban un reflejo brillante sobre el suelo.

—Tengo entendido que sois Caroline Anstretton —dijo. Y cuando ella encontró su mirada de color dorado oscuro, mostraba una indiferencia tal que estuvo a punto de retroceder—. Y tengo entendido que vos y yo tenemos una historia en común.

Su mirada pasó con desgana por el rostro de ella antes de bajar a sus manos. Caroline dejó de retorcer inmediatamente el pañuelo e intentó salvar la situación.

—Quizá no me recordéis —la súplica hacía que su voz sonara aguda y temblorosa, así que volvió a intentarlo, sin hacer caso de las risitas de las mujeres que la rodeaban—. Por supuesto, debéis estar muy ocupado...

—Dudo, señora, que pudiera olvidaros.

La miró con aire seductor y Caroline bajó las pestañas y recurrió a sus últimas dotes de interpretación.

—Veo que os burláis de mí, Excelencia.

Se mordió el labio inferior con desesperación y

se alegró de la longitud de la peluca que llevaba, pues sus rizos rojos ocultaban una vergüenza creciente.

Cualquier cosa que le permitiera esconderse. Aquella farsa era mucho más difícil de interpretar delante de un hombre cuyo rostro denotaba una gran inteligencia y un asomo de algún sentimiento que no sabía definir. El corazón le golpeaba con fuerza. La gente que la rodeaba se apartaba más. Pidió a Dios que la ayudara y respiró hondo. «Ayúdame, ayúdame, ayúdame».

Inesperadamente, él la miró directamente a los ojos.

—¿Fui un buen amante?

La pregunta había sido hecha en el tono de alguien al que no le importa nada la respuesta y, en aquel momento, Caroline comprendió dos cosas: a aquel hombre le traía sin cuidado lo que la sociedad pensara de él y era mucho más peligroso que ninguna otra persona que hubiese conocido.

Vaciló. La sonrisa desdentada de Excelsior Beaufort-Hughes le resultaba de pronto menos terrorífica que la mirada de acero del hombre que tenía delante.

Se sentía extraña e insegura. ¿Qué hombre se colocaría en una oposición tan abierta al insulto y disfrutaría con ello?

Se recuperó lentamente. Todo Londres la conocía como la amante caída y descartada del duque

de Penborne. Y algo peor. Pero aquel duque soldado lucía unas cicatrices de la batalla que dejaban claro, sin ningún género de dudas, que debía haber sufrido.

—Fuisteis el amante más competente con el que he tenido el placer de yacer —pronunció las palabras con cuidado, para que las oyeran incluso las personas más alejadas.

Y por primera vez, vio un brillo de regocijo en él.

—¿Cuántos años tenéis?

La pregunta era inesperada.

—Veinte.

—Luego sois lo bastante mayor para saber que aquél que juega descuidadamente con fuego, puede esperar quemarse.

Miró a la gente que los rodeaba con desdén e indiferencia, aunque en su modo de apretar los labios ella creyó percibir una furia callada, una deliberación que le dio la impresión de que no era tan indiferente como los demás podían pensar. Muchos apartaban la mirada de la de él y se movían con nerviosismo.

Había sido hermoso. Tanto que ella había oído muchas confidencias susurradas de chicas esperanzadas.

Le hubiera gustado que él bajara el cuello de la levita para poder ver toda la extensión de sus daños. Pero él permanecía allí con su rostro des-

trozado y su bastón de ébano, y con la fuerza brutal de su personalidad desafiaba a la sala entera a hacer comentarios sobre los cambios que la guerra había producido.

Ella lo miró con admiración.

—Quizá podamos llegar a un acuerdo —dijo él.

—¿Perdón? —musitó ella, confusa.

—Vos no parecéis tener un protector en este momento y yo deseo renovar el contacto con vuestros generosos encantos. ¿Dónde está vuestro hermano?

Estaba inmóvil, esperando, contenido, el peligro implícito en el momento.

—No estoy segura de que entendáis la situación, Excelencia... —empezó a decir ella; pero calló al ver que Thomas se abría paso entre la gente desde una de las salas de juego.

—¿Vos sois el hermano? —la voz de Thornton Lindsay sonaba casi con desprecio y Thomas parecía tan nervioso como estaba ella.

Asintió y se sonrojó.

—Vuestra hermana le ha dicho al mundo que ella y yo fuimos... íntimos. Y he pensado que quizá podamos volver a serlo.

A su hermano le latió con fuerza el pulso en la garganta.

—No.

—¿No?

Un humor lánguido reemplazó a la rabia del

duque, que llevó la mano derecha al encaje del pecho de Caroline y trazó con ella la línea del busto.

Un desafío. Pura y simplemente.

Y cuando Thomas se acercó, el duque de Penborne tardó cinco segundos en dejarlo inconsciente en el suelo de madera. Y sin usar puñetazos, sólo con un movimiento de las manos en el pulso del cuello.

Todo el salón contempló en silencio cómo se agachaba a recuperar su bastón.

—Cuando se despierte, envíadlo a mis aposentos. Estaré encantado de darle un recibo por cualquier daño en el que pueda haber incurrido —sacó una tarjeta del bolsillo—. Aquí está mi dirección. Os espero a ambos mañana a las dos de la tarde.

Y se alejó como una figura solitaria que bajaba lentamente la escalinata de mármol.

Derrotados. Habían sido vencidos por un maestro del juego, y con suma facilidad. Caroline ayudó a levantarse a Thomas sin mirar a derecha ni a izquierda y se alejaron.

—Me parece que Penborne no es el hombre que creíamos que sería —Caroline mojó la toalla en agua fría y la puso en el chichón que se había hecho él en la cabeza al caer al suelo por mano del duque.

—¿Y qué clase de hombre era ése?

—Un hombre que haría lo que fuera con tal de evitar un escándalo público. Un hombre que permanecería en su castillo de Cornualles y no haría caso de los asuntos de la sociedad.

Su hermano se levantó del sofá; tenía muy marcados los hoyuelos de las mejillas.

—Pues si tú no hubieras jugado con Excelsior Beaufort-Hughes, nada de esto habría sido necesario. Yo tenía una buena mano y él estaba a punto de rendirse. Podría haberle vencido fácilmente si hubieras tenido paciencia.

—¿Paciencia? Tú ya habías perdido las ganancias de la semana anterior. Y el hombre que había a tu lado tenía escalera de color.

Thomas palideció.

—Imposible. Yo tenía tres ases.

—Pero te faltaba el as de corazones. Se quedó entre las cartas que dejasteis sin repartir. Si yo no hubiera tirado la mesa al ponerme en pie y declarado a Lindsay mi amante, ahora seguramente estaría en la mansión de Marling y ni la ley ni tú habríais podido hacer mucho por evitarlo.

—¡Que Dios me ayude! —susurró Thomas. Y no pudo mirarla a los ojos. Se sentía el perfecto canalla. Él, su hermano mellizo.

—Pues bien, no podemos seguir aquí. Teniendo en cuenta cómo es el duque, hay que irse antes de que amanezca. Aunque quizá deberíamos aceptar su oferta de pago.

Caroline asintió, lo besó en la frente y declaró curadas sus heridas.

—Después de lo cual, nos iremos a Bath. Helena Alexander nos invitó a su velada, con la promesa de acogernos varias noches. Es una chica guapa, Thomas, y amable. Y he visto cómo te mira.

Se acercó al espejo y soltó las horquillas que sostenían la peluca en su sitio. Su pelo rubio como el maíz estaba pegado a la cabeza. Se inclinó, pasó los dedos por las raíces y los rizos empezaron a colocarse al instante. El colorete intenso que llevaba resultaba incongruente con el pelo corto y ella sonrió.

—Me gusta Inglaterra. Me gusta todo de ella. Me siento como... en casa.

Pues es una lástima que ya no lo sea —su hermano se acercó al aparador y se sirvió un generoso brandy.

Caroline frunció el ceño. Bebía mucho últimamente y ella notaba cada vez más desesperación en su tono de voz.

Desde la muerte de su madre.

Desde que habían salido huyendo de París sin dinero y perseguidos.

—Hay otros modos de lidiar con nuestros problemas, Tosh.

A él le brillaron los ojos con furia.

—¿Cómo, Caroline?

Casi nunca la llamaba por su nombre completo y eso probaba hasta qué punto estaba agotada su paciencia. Las rayas oscuras de tinte en el pelo le daban aire de cansado.

—Podemos pedirle una cantidad importante a Lindsay. Se dice que es tan rico como Craso. Con dinero, podríamos cambiar de identidad, salir de Londres y empezar de nuevo en otra parte.

—A mí me dejó sin sentido en unos segundos. No creo que pueda convencerlo de que me dé más de lo que quiera.

—Pues déjame a mí. Déjame que vaya a verlo.

—¿Tú?

Caroline sonrió.

—Puedo ser muy persuasiva.

—No estoy seguro. Parece... peligroso.

—Pero no puedo imaginármelo haciendo daño a una mujer.

Cuando vio que su hermano vacilaba, supo que lo había convencido. Se miró al espejo y vio un brillo de anticipación en sus ojos azules.

Quería volver a ver a Thornton Lindsay. Quería entender mejor qué lo hacía tan... cautivador. Pese a las cicatrices y lesiones, tenía una fuerza indefinible y un poder que hacía que otros parecieran vulgares. La virilidad, la indiferencia y la belleza espectacular de lo que quedaba de su rostro se añadían a su atractivo.

Se pondría el vestido azul claro con los botines que incrementaban en unas pulgadas su estatura. Y, por si acaso, llevaría una piedra en el bolso. Si él se ponía difícil, necesitaría algo para contenerlo.

Recordó, a modo de advertencia, el modo en que el duque había lidiado con su hermano, pero apartó aquel pensamiento.

Una oportunidad. Un encuentro. El destino anuló su sentido común y empezó a imaginar cosas que había creído largo tiempo dormidas en su interior.

Y luego, con la misma rapidez, las desechó.

Dos

No debería haber ido allí.

Lo supo en cuanto el duque de Penborne la llevó a la biblioteca y cerró la pesada puerta detrás de ella.

Ese día vestía totalmente de negro y sus pantalones eran más propios del campo que de la ciudad tanto en el corte como en el estilo. Su pelo moreno era largo, e iba atado en la nuca con un cordón de cuero.

Caroline apretó el bolso con incertidumbre; la luz de la ventana caía en las cicatrices de la cara de él y añadía misterio y peligro a su persona.

¿Qué hacía allí? ¿Qué estupidez la había impulsado a creer que podía ser más lista que aquel hombre? Se maldijo en silencio y sintió un miedo cada vez mayor, pero había llevado la farsa hasta allí y tenía que terminar con aquello. Se quitó el abrigo con cuidado, consciente de que la lana espesa escondía sus encantos.

Echó atrás la cabeza, se metió en el personaje y

se llevó una mano a la garganta, al tiempo que adelantaba el busto. Vio complacida que los ojos de él se posaban en esa parte de su anatomía.

—Mi hermano está muy enfadado conmigo. Y sé que vos también.

Hablaba con voz entrecortada, como la de una niña inocente. Aquello era fácil de conseguir. Se inclinó un poco de modo que se abriera el cuello del vestido.

—Me ha enviado a recoger el recibo que vos tan amablemente nos ofrecisteis.

Caroline pensó que, si las miradas pudieran matar, ella estaría ya tendida a sus pies. Y, en verdad, empezaba a ser consciente de lo ridículo de la situación.

Había mentido y él la había confrontado. Una retirada apresurada habría sido la mejor táctica, pero, teniendo en cuenta la situación de sus finanzas, aquello no era una opción viable.

—¿Cuánto?

Hablaba entre dientes y cuando se inclinó hacia delante a tomarle la mano, ella no consiguió comprender a qué se refería.

—¿Cuánto? —repitió. Y esa vez su voz sonó normal.

—¿Cuánto os pagan por vuestros servicios con los hombres?

Aturdida, intentó soltar la mano, pero él no se lo permitió.

— ¡Oh! —exclamó—. No me vendo barata, Excelencia.

—¿No? —la yema del dedo índice de él se posó en su muñeca, en la vena azul que marcaba el ritmo acelerado de su sangre—. ¿Hay un descuento para la segunda vez?

—Os burláis de mí, señor. No hubo una primera.

—Una lástima que no lo dijerais así a todos esos oídos atentos de la buena sociedad.

Caroline vaciló.

—Pensaba que no querríais que lo hiciera, pues para entonces os había calificado del mejor de los amantes y no podía, en buena fe, retirar esa opinión.

—¿Por qué no?

—Porque os habría hecho daño. Lastimado vuestra reputación.

Él le soltó la mano, tomó la licorera con brandy que había en una mesa a su lado y se sirvió una cantidad generosa.

—Sabed que mi reputación es lo último de lo que me preocuparía.

—Entonces tenemos algo en común, Excelencia —ella hizo un gesto de indiferencia con la mano en el aire y se colocó los rizos.

Él cambió de tema.

—¿Dónde está vuestra familia, vuestra gente?

—Thomas es mi familia —replicó ella, y aceptó el brandy que le tendía.

La copa alta era hermosa. Se la llevó a los labios y el calor del licor le dio seguridad. No era habitual que una dama bebiera brandy, en especial a esa hora del día, pero Caroline no era una mujer convencional.

—¿Vuestros padres?

—Muertos.

—¿Vuestro esposo?

—Asesinado.

—¿Y vuestro hermano intenta ganarse la vida jugando a las cartas y vos tratáis de ayudarle durmiendo con cualquiera que atraiga vuestro interés?

—Así es —repuso ella.

Bajó las pestañas y combatió un nerviosismo creciente.

Un interrogatorio era lo último que deseaba, y necesitaba que él la viera como la oportunista superficial y coqueta que ella representaba.

—Una profesión bastante incierta, imagino, y peligrosa. ¿No sois joven para ella?

—Joven en años pero vieja en vida —dijo Caroline.

Había leído aquella frase en un libro y siempre había querido usarla. Pero no tuvo el efecto deseado en Thornton Lindsay, quien, en lugar de mostrarse impresionado, se echó a reír en voz alta.

—¿Por qué me elegisteis a mí como amante?

Caroline se sonrojó; decidió ser sincera.